

Pensar desde abajo: el marxismo de Juan Carlos Rodríguez (*a modo de homenaje*)

Aurelio Sainz Pezonaga*

la contradicción,
ese nido de pájaros crujiendo.
Ángeles Mora, *Contradicciones, pájaros*

El pasado 24 de octubre nos dejaba Juan Carlos Rodríguez. Quizás suene un poco exagerado, pero JCR es para mí una especie de “mito”. No fui alumno suyo ni siquiera lo conocí en persona, pero la lectura de su trabajo ha marcado profundamente mi visión de la realidad, del marxismo, de la literatura y del arte. Y, sin duda, ha determinado mi aproximación a la filosofía de Louis Althusser.

Ser althusseriano en España, o en cualquier otro lugar, en los años ochenta, noventa o en la actualidad es una “aberración” intelectual, una anomalía en el espacio-tiempo. No creo que haya otro pensador contemporáneo más audaz y, por tanto, más atacado que Althusser, que lleve además la herida de haber cometido el crimen execrable de matar a su mujer. Pero, si el asesinato hay que atribuirlo a su persona, como él mismo pidió en *El porvenir es largo*, o a la zanja oscura que se abrió en su rostro, por decirlo al modo de César Vallejo, su osadía filosófica le trasciende, es comunicable. Su desmesura se resume en una idea: la razón ilustrada “no es más que una concepción ideológica tanto de la razón como de su historia”¹. A la razón ilustrada no opone una u otra forma de irracionalismo, sino la producción de una racionalidad otra, histórica, no historicista, que, de la mano del marxismo, viene a reconfigurar la realidad social.

Althusser fue un filósofo “maldito” cuyos trabajos han dejado en Francia y en otros países, también en España, una secuela de pensadores fundamentales. El reconocimiento de los filósofos franceses de ascendencia althusseriana como Alain Badiou o Étienne Balibar es internacional. En España, Juan Carlos Rodríguez desarrolló desde su cátedra de Literatura en la Universidad de Granada, prolongando igualmente los pasos de Althusser, una generosa ración del mejor trabajo teórico del país. Rodríguez llevaba más de cuarenta años empeñando su ingenio en una nueva práctica de la filosofía: hacer filosofía a través del *rodeo* por el análisis literario.

En *De qué hablamos cuando hablamos de marxismo*, uno de sus últimos libros, recoge en buena medida textos ya publicados y algún inédito. Pero, el enfoque de conjunto es muy althusseriano. Se trata de defender el marxismo como un pensar distinto y como un pensar imprescindible.

La apuesta de Althusser, la que le creó tanto intensas adhesiones como fuertes rechazos, residía en afirmar que Marx había abierto un nuevo continente y que la apertura de este nuevo territorio suponía la recomposición de todo el pensamiento occidental. Con Marx, dice Althusser, se inaugura un horizonte de pensamiento completamente distinto, cuya diferencia radical Rodríguez sitúa y sintetiza afirmando que el marxismo “piensa en -y contra- la explotación vital”².

* Profesor asociado en la Universidad de Castilla-La Mancha.

1 Althusser, Louis y otros, *Lire le Capital*, París, PUF, 1996, p. 45.

2 Rodríguez, Juan Carlos, *De qué hablamos cuando hablamos de marxismo*, Tres Cantos, Akal, 2013, p. 64.

El marxismo pone la explotación de nuestras vidas en el centro del pensamiento y de la acción emancipadora. Y es el único que puede hacerlo. En ese sentido está en la verdad. A Althusser no se le perdonó su audacia al postular que el marxismo es una ciencia. Pero el tiempo le ha dado la razón. Sin el marxismo, la explotación se pierde de vista y no hay modo de confrontar los principios de la ideología burguesa.

Marx se opuso a pensar que el espíritu, individual o colectivo, es el protagonista de la historia. La historia no tiene ningún protagonista. En ella, las relaciones sociales de producción operan a nuestras espaldas y, al margen de nuestra voluntad, nos arrojan ante el dilema de mantener una cooperación social que descansa en la explotación o, por el contrario, conseguir convivir sin ella. Marx demuestra, además, que la explotación no es individual, que lo que el capitalismo explota es el esfuerzo común de los de abajo, la vida común que ahora mismo tiene dimensiones planetarias. Una persona concreta puede escapar, al menos parcialmente, de la explotación económica gracias a un premio de la lotería o porque funda una comuna anarquista, pero ninguno de esos dos hechos afecta para nada a la explotación vital de la gran mayoría.

Para explicar la diferencia marxista, Juan Carlos Rodríguez utiliza su teoría del inconsciente ideológico. Con ella plantea una premisa fundamental: la lucha ideológica real sólo puede partir del reconocimiento de que el capitalismo se ha convertido en *la* vida. En términos ideológicos, esto significa que nacemos capitalistas (los explotados tanto como los explotadores). La afirmación de Rodríguez debe entenderse en toda su crudeza, pero no en términos deterministas. Nacer capitalista supone haber sido arrojado a un espacio de conflicto complejo en el que el propio sistema se alza sobre una "inestabilidad radical", como diría el último Althusser. Pero, para poder luchar contra la explotación en todas sus modalidades es esencial afirmar que nacemos capitalistas y, sin embargo, creemos que nacemos libres. La lógica del "nacemos libres" puede adoptar muchas versiones, incluida la individualista y la comunitaria, pero siempre depende de la dualidad individuo/sociedad o de la dialéctica entre lo privado y lo público. Por el contrario, para ser capaz de decir "he nacido capitalista" se requiere el conocimiento de las relaciones sociales de explotación.

Frente a quienes plantean que nacemos libres y luego el capitalismo nos explota, Rodríguez insiste en que tenemos que ser capaces de decir "yo he nacido capitalista", esto es, asumir que la explotación capitalista no funciona en uno de los aspectos de nuestra vida -digamos, por ejemplo, nuestra fuerza muscular- o un momento de la misma -digamos, el tiempo de trabajo- mientras que otros aspectos y momentos -nuestros pensamientos o nuestro ocio o nuestro derecho al voto- son sólo para nosotros mismos. Nacemos capitalistas porque el capitalismo depende de la explotación de nuestra entera vida. La explotación capitalista es económica, política e ideológica. Por lo tanto, el capitalismo explota nuestra creencia de que somos libres por naturaleza, porque a través de ella reproducimos el núcleo de las relaciones sociales ideológicas capitalistas o, como también lo llama Rodríguez, su matriz ideológica.

El marxismo es, entonces, la manera de pensar desde el punto de vista de la explotación y desde abajo, es decir, la manera de pensar en la explotación diaria de nuestras vidas con el fin de ser capaces de abolirla. El principal problema para el marxismo contemporáneo es que en las sociedades capitalistas neoliberales las palabras "marxismo", "comunismo", "anticapitalismo" se entienden como opuestas a la democracia y la libertad. Esto supone una derrota ideológica que no podemos obviar. Y esta derrota, la superación de esta derrota, nos exige encontrar un nuevo lenguaje. En concreto, según Juan Carlos Rodríguez, tenemos que pensar desde una nueva oposición:

la que enfrenta la libertad de explotar –la libertad que define al capitalismo– con la libertad sin explotación.

Luchar contra el capitalismo en la era neoliberal requiere de la articulación de "libertad y democracia" con "la lucha contra la explotación". Es fundamental no soltar ninguno de los dos extremos si queremos conquistar la libertad sin explotación y salir de nuestro ser histórico capitalista. Juan Carlos Rodríguez critica el "politicismo" del socialismo democrático de los años setenta, sobre todo las ideas de Nicos Poulantzas y las propuestas del PCE, por haberse olvidado de que, desde el punto de vista del marxismo, la lucha política no puede separarse de la lucha contra la explotación.

La centralidad de la explotación está estrechamente relacionada, como hemos dicho, con las otras propuestas teóricas de Juan Carlos Rodríguez: el "inconsciente ideológico" y la "historicidad radical de la literatura". De hecho, la paradoja que Rodríguez intenta superar es que "con el fin de luchar contra la explotación capitalista de la vida se ha utilizado el núcleo ideológico del capitalismo"³. Como pensamiento, el marxismo es también la lucha contra la explotación ideológica, la pugna por no utilizar la ideología capitalista para enfrentarse al capitalismo, la apuesta por construir un horizonte liberado de pensamiento y acción. Y esa lucha no se puede llevar a cabo sin el conocimiento del "objeto" contra el que se quiere pelear, ya que la primera característica de la explotación ideológica es su invisibilidad.

Rodríguez entiende el inconsciente ideológico en proximidad con las ideas de la filosofía o la ideología espontáneas de Gramsci y Althusser. Unas nuevas relaciones sociales como las que constituyeron la fase de transición del feudalismo al capitalismo generaron "un nuevo tipo de vida, una nueva mentalidad, unos nuevos valores y una nueva moralidad, en suma, un código o una norma histórica que construyó a su vez un nuevo inconsciente colectivo y subjetivo"⁴. El inconsciente ideológico se condensa en torno a una matriz que define su vinculación con las relaciones sociales, esto es, establece la forma histórica del *yo-soy* o del *nosotros-somos*⁵. Y está inscrito en un proceso cíclico de construcción de hegemonía que va desde el inconsciente ideológico a su teorización y de los aparatos ideológicos de Estado al inconsciente ideológico⁶.

La conexión entre inconsciente ideológico y radical historicidad de la literatura reside en la tesis de que la "literatura" no ha existido siempre. Por literatura hay que entender aquellos discursos que se caracterizan por ser obras de un autor. La literatura surge en torno al siglo XV con la ideología burguesa, es decir, con la ideología del sujeto libre. Pero dentro de esa ideología del sujeto que determina todos los campos discursivos (el político, el filosófico, el científico, etc.), la literatura tiene la particularidad de ser la expresión de la intimidad o de la verdad interior del sujeto. El *sujeto literario*, se expresa "en nombre siempre de su propia verdad interna y más allá, por tanto, en nombre de la verdad misma de todos los sujetos humanos"⁷. La literatura, la ideología, borra, por supuesto, su comienzo y, apropiándose de una serie completa de discursos de otros espacios u otros tiempos, se da a ver como ahistórica, como eterna.

En torno a las categorías centrales de la literatura (*autor/sujeto, obra y expresión*) se genera todo un sistema de nociones que Rodríguez llama "lógica productiva del texto".

3 *Ibid.*, 69.

4 Rodríguez, Juan Carlos, *De qué hablamos cuando hablamos de literatura*, Granada, Comares, 2002, p. 39.

5 *Ibid.*, p. 44.

6 Rodríguez, Juan Carlos, *La norma literaria*, Madrid, Debate, 2001, p. 20.

7 Rodríguez, Juan Carlos, *Teoría e historia de la producción ideológica. Las primeras literaturas burguesas*, Madrid, Akal, 1990, p. 5.

La lógica productiva “está directa -y únicamente- segregada desde la matriz ideológica burguesa”⁸, esto es, desde el par Sujeto/sujeto. Rodríguez considera esta dualidad como matriz porque el sistema capitalista no puede funcionar si las relaciones sociales que lo constituyen no se conciben “a partir de la imagen de que todos los individuos son *sujetos libres*, iguales entre sí, poseedores de su propia verdad interior, etc.”⁹. Los sujetos son imaginariamente “libres” precisamente para vender su fuerza de trabajo a uno u otro Sujeto, a uno u otro propietario de los medios de producción.

Como en Althusser, para Rodríguez, la ideología, y la literatura en ella, representan la relación imaginaria de los individuos con las relaciones reales de existencia. Pero, mientras que para Althusser la ideología consistía en la producción de sujetos, Rodríguez defiende -y esta es una de sus mayores aportaciones teóricas- que la lógica del sujeto es fruto únicamente de la ideología burguesa. Cada modo de producción tiene su matriz ideológica correspondiente: así la división entre Amo/esclavo en el esclavismo o entre Señor/siervo en el feudalismo. Esto es, la relación imaginaria es generada por las relaciones reales y, por tanto, las diferentes relaciones de producción conforman diferentes relaciones imaginarias. Esta vinculación directa concede “necesidad” histórica y “objetividad” a las matrices ideológicas y sus lógicas productivas y explica la “obviedad” e “inconsciencia” con las que las personas las vivimos. Para Rodríguez, las ideologías no se explican atribuyéndolas a una u otra clase por separado, sino vinculándolas a la lucha de clases, esto es, a las relaciones de explotación económica, política e ideológica, y a la lucha contra ellas, que, entrelazadas, constituyen un modo de producción o una fase histórica determinada.

A partir de aquí, es fácil entender cuál es el objetivo principal de la obra de Juan Carlos Rodríguez: hacer visible el inconsciente ideológico de la literatura (o la filosofía) y su historicidad radical con el fin de luchar contra la explotación ideológica. Aunque lo primero que su obra nos hace ver es que todo inconsciente ideológico se encuentra siempre en una relación polémica con algún otro inconsciente ideológico. Por ejemplo, “lo que se suele llamar barroco es de hecho la lucha extrema entre los dos inconscientes ideológicos esbozados: la lucha ideológica entre la aceptación o rechazo de la relación expresiva entre el alma y el cuerpo”¹⁰ (104-5). *Teoría e historia de la producción ideológica. Las primeras literaturas burguesas* (1974), *La literatura del pobre* (1994) o *El escritor que compró su propio libro* (2003) son sus investigaciones más importantes sobre los conflictos ideológicos (la lucha entre el animismo y el organicismo) que generan, respectivamente, la poesía española de los siglos XVI y XVII, la también llamada “novela picaresca” y *Don Quijote de la Mancha*. Su producción, sin embargo, es mucho más amplia y recorre la historia de la literatura hasta nuestros días.¹¹

El conflicto o la contradicción no se produce sólo entre diferentes inconscientes ideológicos por la hegemonía, es también interior a cada inconsciente y atraviesa una teoría que se pretende herramienta de liberación como el marxismo. En *De qué hablamos cuando hablamos de marxismo* podemos leer a Rodríguez leyendo *El manifiesto comunista*, los textos de Althusser de mediados de los años setenta o el teatro y los diálogos de Brecht, es decir, leyendo el marxismo y encontrándose con que también está cruzado de parte a parte por una lucha ideológica. De *El Manifiesto* nos dice que “tiene dos escrituras entrelazadas..., por una parte, he insistido en la escritura ‘técnica’...,”

8 *Ibid.*, p. 7.

9 *Id.*

10 Rodríguez, Juan Carlos, *De qué hablamos cuando hablamos de marxismo*, op. cit., p.104.

11 Véase Hernández García, Juan Antonio, “Han pasado los años [1961-2013]. Una bibliografía de Juan Carlos Rodríguez”, *Youkali*, 15, noviembre de 2013.

por otra parte, tenemos... la escritura de la 'explotación'"¹². La escritura "técnica" es la que identifica el desarrollo capitalista con el desarrollo técnico y está presente en todo *El manifiesto comunista* como inconsciente ideológico generado por la matriz ideológica capitalista.

El problema que Rodríguez encuentra en Althusser es su "filosofismo", es decir, su ahistoricismo respecto a la filosofía. De hecho, el principal punto de la crítica reside en la comprensión ahistórica que este último desarrolla respecto a la ideología y, por lo tanto, respecto a la filosofía. Rodríguez sostiene que la matriz ideológica no siempre ha sido la relación entre un sujeto y un objeto, como dice Althusser. Esa relación es propia del capitalismo. Cada modo de producción tiene su propia matriz ideológica. Es por ello que no podemos pensar en una filosofía común a los diferentes modos de producción. Y esa es la razón por la que el marxismo, que busca abolir el modo de producción capitalista, debe ser no el fin de la filosofía, sino, como dice el mismo Althusser, un pensamiento diferente: "una teoría y una piel distinta: el inconsciente/consciente de la no-explotación"¹³.

"Bertolt Brecht y el poder de la literatura" es un largo ensayo que apareció por primera vez en 1998 formando parte de *Brecht, siglo XX*, una colección de artículos de diversos autores sobre Brecht, editada por el propio Rodríguez para la editorial Comares de Granada. Rodríguez recorre el trabajo, las ideas y la vida de Brecht destacando el problema en torno al cual se producen las intervenciones del dramaturgo comunista. Este problema es la condición histórica de la individuación, es decir, "el problema del 'yo soy' o de la individualidad en tanto que efectos históricos, en tanto que productos de la historia"¹⁴. Brecht pone en acción una nueva práctica del teatro, de la literatura, que da a ver el carácter histórico de la individuación, como Marx, Althusser o el mismo Rodríguez impulsan una nueva práctica de la filosofía que explica las dinámicas de la explotación vital capitalista, y al igual que el proletariado ha desarrollado una nueva práctica de la política que la desplaza del espacio vacío de la representación.

La conexión entre la representación teatral y la política es, además, estrecha. Sobre ellas ha escrito Rodríguez páginas fundamentales. Lo público, lo político, la escena, el Estado, para el horizonte burgués, nos dice Juan Carlos Rodríguez en uno de sus textos fundamentales, es "un espacio neutro o vacío donde se hace posible la representación de la auténtica verdad humana, *id est*, su verdad privada, su misma 'privatización'"¹⁵. De ahí la pelea brechtiana por emplazar al público no como portador de una naturaleza humana eterna, sino en la contradicción real de estar implicado en la creación de unas nuevas relaciones sociales partiendo de las que lo han producido.

De qué hablamos cuando hablamos de marxismo termina con un epílogo sobre el mito "Foucault" y el sutil anti-marxismo de los Estudios Culturales. El epílogo aborda el Foucault más cercano al neoliberalismo, con el fin sobre todo de criticar el constructivismo de los Estudios Culturales. Esta crítica es importante para Rodríguez porque le da la oportunidad de trazar una línea de demarcación entre su idea de la historicidad radical de la subjetividad y el constructivismo cultural de los Estudios Culturales. El problema esencial de estos últimos es que suponen un desarrollo más de la matriz ideológica burguesa del "yo nací libre". La dicotomía individuo/sociedad articula tanto el trabajo de Foucault como el de sus seguidores estadounidenses. Ambos piensan

12 Rodríguez, Juan Carlos, *De qué hablamos cuando hablamos de marxismo*, op. cit., p. 150.

13 *Ibid.*, p. 206.

14 *Ibid.*, p. 301.

15 Rodríguez, Juan Carlos, "Lenguaje de la escena: Escena árbitro / Estado árbitro (Notas sobre el desarrollo del teatro desde el siglo XVIII a nuestros días)", en *La norma literaria*, op. cit., p.193.

el individuo como un ser nacido naturalmente libre que es, después, conformado por los dispositivos de poder/saber, las convenciones culturales, el lenguaje o el discurso. Por lo tanto, mantienen las relaciones sociales, aquellas que el marxismo había explicado, fuera de la vista y, con ellas, al propio marxismo. Y, lo que es peor, piensan la transformación social como un cambio de las tecnologías de la subjetividad y no “de la historia real que nos produce”.

Resumo. El núcleo de la aportación teórica de Juan Carlos Rodríguez al marxismo es su defensa de la radical historicidad de la ideología. Las consecuencias de que el capitalismo posea una ideología, una matriz ideológica, que le es propia y exclusiva y sin la que no puede existir, son múltiples. Señalaré la que quizás sea la más importante. La explotación capitalista no puede entenderse únicamente en términos económicos. Es preciso plantear que la explotación es también ideológica o, como lo expresa el propio Rodríguez, que el capitalismo consiste en una explotación vital, en una explotación que es económica, ideológica y, por extensión, política. De esta consecuencia se derivan a su vez otras. Por ejemplo, se sigue que el marxismo como pensamiento debe luchar por no reproducir la matriz ideológica capitalista, es más, debe luchar contra ella construyendo una matriz diferente, una racionalidad otra, un nuevo horizonte, una nueva mirada de la explotación.

Ahora bien, tan importante como señalar ese *sine qua non* del marxismo, es situar la explotación vital en el capitalismo contemporáneo. Ya que el significado de la explotación vital ha cambiado en las últimas décadas de manera muy significativa. Ese cambio Rodríguez lo expone como el paso de que el capitalismo sea *nuestra* vida a que sea *la* vida. Lo que ha ocurrido, simplificando mucho, es que la Fábrica ha desaparecido y las distintas modalidades de explotación han pasado de estar situadas en diferentes espacios sociales a concurrir en todos ellos. Antes la explotación ideológica tenía su centro en unos espacios, campos o aparatos, la política en otros y la economía en otros. Ahora, la tendencia es que no haya espacio social que no esté articulado por el entrelazado de las tres modalidades de explotación capitalista. El consumo, los cuidados, el endeudamiento, las privatizaciones, las guerras, la comunicación, la jungla del empleo, en fin, “el mercado de las vidas”, como lo llama Rodríguez¹⁶, son prácticas donde se entrecruzan necesariamente la producción de plusvalor, la de “sujeto libre” y la de representación.

A partir de aquí, hay que pensar, y esta es una reflexión que añado por mi cuenta, que el Estado o la cultura no sirven ya como palancas o centros privilegiados desde donde abolir la explotación. Por decirlo así, no hay palancas, las palancas tienen que hacerse. La palanca se puede llamar “lo común”, “pueblo”, “multitud” o, como defiende Rodríguez, “libertad sin explotación”. Lo importante es que se produce y constituye y lo hace como tejido social desde cualquier parte. La libertad sin explotación se conquista construyendo una multitud libre no explotada.

Cuando la explotación es vital porque se ha convertido en la vida, producir multitud libre no explotada significa que la palanca es, más bien, un proceso que se realiza a múltiples niveles y combinando en cada proyecto múltiples luchas. Es un tira y afloja en el que el avance o retroceso se mide por la creación o destrucción de subprocesos más o menos amplios de contestación, construcción de diques y tejidos de mayor o menor consistencia y eficacia. El criterio es móvil, complejo, las decisiones son, en buena medida, apuestas.

¹⁶ Para una exposición más amplia y completa del cambio que ha supuesto el capitalismo neoliberal desde el punto de vista de Juan Carlos Rodríguez, véase su Prólogo a *Tras la muerte del aura (En contra y a favor de la Ilustración)*, Granada, EUG, 2011.

Y ¿en qué puede consistir la nueva práctica de la subjetividad que tendrá que ir ligada al círculo virtuoso de la multitud libre no explotada? La pregunta la responden las palabras que cierran *De qué hablamos cuando hablamos de marxismo*, que hay que leer, también, me parece, como un resumen del esfuerzo teórico de Juan Carlos Rodríguez: "puesto que no creemos en esa fantasmagórica 'naturaleza humana libre' y puesto que partimos del hecho de que 'nacemos capitalistas'. .. [se trataría de] objetivar el yo (la distancia de Brecht), y de intentar configurarlo de otra manera, rompiendo –decimos– con nuestro inconsciente ideológico dominante. Presentar las cosas, en fin, desde el planteamiento de que la libertad no se tiene 'naturalmente' sino que la libertad (sin explotación) se conquista"¹⁷. Sin olvidar, por supuesto, que nunca empezamos de cero.

17 Rodríguez, Juan Carlos, *De qué hablamos cuando hablamos de marxismo*, op. cit., p. 342.